



Núm. 2.

9.

ARTE

DE HACER DINERO.

En el número primero se manifestó que los verdaderos manantiales de las riquezas y abundancia, y la verdadera, sólida, y permanente arte de hacer dinero son la agricultura, las artes, el comercio, é industria; y que para fomentar estas es preciso desterrar ó ahuyentar de los pueblos la holgazanería y ociosidad, promoviendo al mismo tiempo el trabajo y la ocupacion, según la clase y fuerzas de los ciudadanos.

No puede dejar de haber en todos los pueblos un cierto número de pobres y pordioseros: en unos hay mas, en otros menos, según la política y el terreno. Si se llega á lograr que esta clase de mendigos pueda entrar en la masa general de los que producen, es una regla grande de economía política y moral, pues á mas de aumentar las rentas generales del estado, se evitan infinitos vicios, y ganan mucho las buenas costumbres; porque es evidente que muchos de estos que nos acometen en las calles, y como que abanzan á las casas, tiendas, y cajones están en estado de trabajar, mejor que otros muchos; y si con lo que recojen de puerta en puerta no pueden sostenerse, con facilidad se echan á la rapiña y al robo. La maxima pues del mínimo posible de los ociosos, es digna de mirarse por los que gobiernan con la mayor atencion.

Hay tres especies de pobres: unos que son involuntarios, esto es, que no se hallan en estado de trabajar, como los muchachos, los estropeados, los enfermos, los decrepitos, y los que no encuentran que hacer. Otros que aunque tienen fuerzas y robustez para trabajar, no se los permite una preocupacion de nacimiento, ó de un empleo honroso que tuvieron y de que han decaido, ó de unos pergaminos antiguos de su familia. Finalmente, hay otros sanos, fuertes, y robustos, pero que desde su niñez se han dedicado á pordiosar, oficio que aprendieron de sus padres, y

con el cual les va mejor que con una fatiga metódica. Debería pensarse como sostener esta gente con el menor des-
cuento posible de los caudales del país, y menor incomodidad de sus habitantes.

Antes que pasemos adelante en esta materia, aprendamos un poco de los pueblos salvages, que como menos distantes del estado de naturaleza, parece que entienden mejor que los cultos este punto, porque la ley de Trabaja si quiere comer, les está mas gravada por la necesidad. Los ingleses autores de la Historia universal dicen: *Es digno de observarse, que aunque no hay en el mundo país mas infeliz y pobre que la Guinea, con todo, andandolo todo, no se halla por ninguna parte un mendigo. Los viejos y los impedidos se emplean en ciertos oficios propios de su debilidad, como en el manejo de los fuelles para las fraguas, en extraer el aceite de palma, en moler los colores que sirven para pintar sus esterillas (petates), en vender los comestibles en los mercados (plazas). Los jóvenes ociosos luego son encarcelados y entregados al servicio militar; policia, añaden estos autores, digna de ser imitada por nosotros.* (1) La negligencia que en ciertas cosas tienen algunos pueblos civiles, y que tal vez provienen de la misma cultura, es causa de que en ellas nos enseñen los pueblos bárbaros.

He pensado muchas veces si debía atribuirse á las causas físicas, ó á las morales, esta caterva de mendigos y poltrones, que se hallan por todas partes en nuestras ciudades, y me parece que puede mas bien atribuirse á estas, que á aquellas. Para ello encuentro dos razones. Primera; la mal entendida caridad, y beneficencia. Segunda: el descuido de las leyes. El que en la China puede trabajar y procura vivir á expensas de otro, se le reputa por infame. Los muchachos, las mugeres, y los artesanos reciben á pedradas á estos vagabundos. Asi se vé que hay poquísimos que mendiguen. La opinion pública siempre es una gran ley, y si es justa es la mas eficaz, porque cualquiera es su ejecutor. Para desengañar á los pueblos debía continuamente gritarse contra esta raza de hombres, y predicar contra ellos, á fin

(1) The modern part of au universal history, vol. 7. cap. 7. pag. 145. edic. en 8.

de que se les reputara por lo que regularmente son, esto es, por ladrones y asesinos (1)

Es una piedad mal entendida, y una limosna mal empleada el mantener con nuestra fatiga á aquel a quien ni la altura de su nacimiento, ni la disposicion de su cuerpo, ni la descompostura de su cabeza impiden el trabajar. La ley de socorrerse mutuamente habla con aquellos que tienen necesidad, y no lo es la que es voluntaria. ¿Qué ley puede haber que obligue á un hombre á trabajar por otro mas robusto? Le diria yo á uno de estos: *Trabaja tú por mí, y si tú no quieres, tampoco quiero yo trabajar por tí.* ¿Qué tendría que replicarme á esto? (2)

El dar de comer al que puede buscárselo es hacerlo vicioso. Vicia el cuerpo, pues no se conserva robusto y sano sin el ejercicio y trabajo. Vicia el corazon, pues he observado que esta gente es por lo comun bribona, cruel, glotona, bebedora, envidiosa, soberbia, sin religion, sin sujecion, y sin costumbres. Vicia el entendimiento distrayéndolo de pensar en cosas útiles y honestas, y ocupándolo solo en ver el modo de pillar, engañar, y petardear; ¿puede ser pues caridad y beneficencia la que contribuye á perjudicar al prójimo?

Es una injusticia pública el mantener los viciosos, porque cuanto mas los distrae del trabajo una mano benéfica que los alimenta, tanto mas hace crecer el número de los

(1) Es cosa sabida que algunos de estos mendigos que duermen por los portales, no pierden ocasion de aprovecharse de lo que pueden. Cuando el hombre está hambriento, sacúdense á ver si halla algo que comer; si no encuentra, mira cerca de sí por todas partes, por si puede pillar alguna cosa; y viéndose sin socorro, fija la vista en los demas hombres, mirándolos con unos ojos devoradores, y considerándolos como otros tantos corderos, cabritos, y terneras destinadas á su sustento. Esto está probado por muchos hechos de la historia.

(2) Un cura párroco de cierto lugar habia reducido su feligresia á un estado envidiable. No habia un mendigo, porque no habia un ocioso. Los pobres involuntarios eran mantenidos del comun. Los voluntarios del lugar obligados al trabajo á fuerza de palos; y los forasteros echados fuera. Verdaderamente que este cura conocia el fondo de las buenas costumbres.

ociosos. De lo que con el tiempo proviene la decadencia de las rentas públicas y privadas, de esta decadencia la miseria, y de la miseria el engaño, la trampa, los homicidios, los robos y con ellos la ruina del estado: ¿Como ha de ser una caridad bien puesta hacer la guerra á la pátria? Pongámos una hipótesis, y con ella podrá entenderse mejor esta verdad. Supongámos que un hombre poderoso, rico y caritativo funde cuarenta grandes palacios, en los cuales puedan mantenerse en cada uno mil personas, que sin trabajo alguno sean complacidas y servidas por las invisibles manos de las deidades, y sean sustentadas con pechugas de angel. Pregunta ¿despues de diez años serian éstas casas mas que un bosque habitado de fieras? Y si el fundador, ó sus caudales llegaban á faltar, ¿para que servirian estas cuarenta mil personas? Piénsese bien.

Es á mas de esto la dicha caridad faltar á las leyes, y á los mandatos divinos. Dios quiere que trabajémos, y nos dice por la revelacion y por la naturaleza. *Comerás el pan con el sudor de tu rostro*, nos dice por los Profetas. *La tierra nada te producirá sin fatiga*, nos dice por la naturaleza. Si la piedad, pues, se opone á estas leyes, ¿será bien entendida?

Entre los primitivos pactos sociales, no pudo dejar de hallarse este, que no haya en el cuerpo civil persona que no sirva para algo, como esté habil para ello; pues unos hombres libres, que acababan de salir del estado natural, no se unirían voluntariamente con una sociedad leonina. El gobierno debe ser el garante de este pacto ó ley fundamental: ella es la que dictó á los Egipcios la matrícula de las familias, para averiguar el oficio, ó destino de cada uno de sus individuos, y castigar al que no se ocupase con utilidad en alguno. Varias ciudades de la Europa observan en el día esta gran política. Ojalá, que en Méjico y demas ciudades de este reino se observase tambien. ¡En que paz, union y fraternidad viviríamos!!! Cuando el gobierno se abstiene de mezclarse en estos asuntos, van poco á poco los hombres haciendose á la vida primitiva, persuadidos de que pueden intentar cuanto les ocurre, y que no están obligados mas que á mirar por sí, prescindiendo de los intereses de los demas. A mas de esto, como la vida bribona y holgazana es mas agradable que la laboriosa, todos los que tienen alguna di-

facultad de encontrar oficio, se entregan facilmente á este método de vida y se llenan los países, como lo está Méjico de tunantes, ladrones, dasvergonzados y opresores de los hombres de bien, y de los trabajadores.

Sé muy bien, que en ninguna nacion culta faltan leyes, que han pretendido corregir este abuso, oponiéndose al torrente de estos mendigos y ociosos; en ellas se pintan con vivos colores los males y los daños que resultan de semejante gente (1): pero con todo se puede preguntar, ¿estas leyes son acomodadas al fin que se proponen? ¿Y si lo son, se piensa en hacerlas cumplir? No tendré dificultad en responder que no; especialmente por lo que toca á esta ciudad de Méjico, y demas del reyno. (2) Algunas de estas leyes de Europa mandan, que *los vagabundos sean desterrados*. ¿Acaso porque una planta no dá luego fruto la arranca el agricultor? Antes la poda, la riega, la estercola, la ingiere en otra, y si nada esto

(1) Las leyes de nuestros Monarcas, y las disposiciones del gobierno, han sido las mas sábias para evitar el número de mendigos, pordioseros y holgazanes. Vease todo el título 12. del libro 1. de la Recopilacion, y especialmente las leyes 9, 10, 11, 19, 24, y las 26 y 27, en que Felipe II. recopiló toda la prudencia, y sabiduría que en este particular habian manifestado sus antecesores. Veanse tambien los autos acordados del lib. 1. tit. 12. que dan las mejores reglas para corregir este daño. Puede verse lo que escribió sobre este particular el famoso español Luis Vives, el año de 1526. en su obra *del socorro de pobres*: en ella nos enseña religiosa y políticamente nuestra obligacion para con los verdaderos pobres, los vicios de estos, y sus indispensables perjuicios a la sociedad; y nos dá reglas para evitarlos, y para ser útiles á la mayor parte de los que verdaderamente lo son.

(2) En esta ciudad de Méjico hay un amplio y bien distribuido hospicio de pobres, con el objeto de que en él se recojan todos cuantos se encuentren en las calles (para lo que deben estar destinadas ciertas personas), se les mantenga, vista, y dedique á la ocupacion correspondiente á su calidad y fuerzas, é instruya en las obligaciones cristianas, políticas y civiles. El célebre y benéfico Zúñiga dejó un gran caudal para desempeñar tan interesantes objetos; ¿se dá cumplimiento á ellos? La multitud innumerable de pobres, y holgazanes que se encuentran por las calles.... Los Señores que obtienen los honoríficos empleos.... El Exmô. Ayuntamiento.... La Exmâ. Diputacion provincial, á quienes corresponde velar sobre el particular, responderán á la pregunta.

basta, la corta. En este supuesto, no es economía, no aprovecharse de la gente que puede todavía producir alguna ventaja.

Los bárbaros del Africa entienden mejor esta política, pues no destierran á sus ociosos, sino que los procuran hacer útiles. En muchos pueblos hay falta de herreros, carpinteros, tejedores, zapateros.... ¿por qué, pues, la ley no podrá ingerirlos en estos oficios? En muchas haciendas hay falta de gañanes, peones, jornaleros.... ¿por qué el gobierno no ha de obligarlos á que eviten aquella falta, y las que de ella se originan? Celen los justicias de los pueblos sobre este punto tan interesante. Establezcanse casas públicas en donde se trabaje: se huyen de ellas, haganse diligencias para volverlos á pillar, pues para esto deben tambien servir los alguaciles y ministros de justicia; y si se cojen, castiguen con prisiones, y con palos al uso militar. Así suelen castigar á sus hijos los padres, especialmente los de la plebe. El Rey es padre de todos, y los que no quieren cumplir con su deber, han de reputarse como niños. La pena de los palos es muy comun en la China, y se halla muy usada en las leyes Wisigodas, y Longobardas, (1) y no está quitada por nuestra sábia Constitucion.

Pero aunque haya buenas leyes, no suele pensarse en hacerlas efectivas. Un cierto sábio deseaba, que así como se hacen leyes para el gobierno del estado en general, se erigiese un tribunal, que no tuviera otra incumbencia que hacerlas ejecutar, y vigilar sobre su observancia. ¡Principio admirable! Por que es cierto, que como el cumplimiento de la ley está encargado á los magistrados, que al mismo tiempo se hallan ocupadísimos con otros muchos negocios, suele antiguarse la ley antes de promulgarse. En la Pensilvania, hay un supremo juez, que tiene el cuidado de perseguir á los ociosos y emplearlos. En casi todas las provincias se echa menos un magistrado de esta especie; por lo cual las disposiciones contra los vagos y mendigos no se hallan en uso.

He hablado hasta aquí de la holgazanería voluntaria.

(1) La ley 20. lib. 2. de las Wisigodas, dice: Si un Juez ha dado una sentencia injusta, por haber sido corrompido con dádivas, y no tiene que restituir, *recibirá públicamente cincuenta palos.* ¡Cosa grande! ¿Por qué no podrá sujetarse á otra ley así un pícaro, holgazan, ladronazo?

Resta ahora decir algo de aquellos, que por su edad, ó por su debilidad, ó por su desgracia se hallan reducidos á la miseria. Un anciano, un baldado, un paralítico, un huérfano, un expósito, son dignos de nuestra compasion, y se les debe alimentar por los que están sobrados; pero á los muchachos, y muchachas no basta procurarles la comida, sino que se les debe educar y enseñar á que se la ganen, y para esto son muy del caso los hospicios y casas de misericordia, que en toda poblacion considerable debe establacer el gobierno; (1) pues en ellas se les hace trabajar en algun oficio, para que con el tiempo puedan ser útiles á la pátria, y aumentar los manantiales de la abundancia y prosperidad. Los ingleses tienen muchas de estas casas, en donde los niños de ambos sexos, que no tienen padres conocidos, ni tutores, son educados y enseñados segun su talento, y aplicacion. En ella se les acostumbra á la fatiga, á la sobriedad, á la obediencia, á la vigilancia, á la paciencia, y al trabajo metódico y regular. Sobre todo, debe procurarse que los maestros sean buenos cristianos, y que desempeñen su ministerio; y que no haya uno que pueda esperar mas de la ociosidad y disolucion de sus discipulos, que de su trabajo, buenas, y cristianas costumbres.

Un golpe de fortuna puede reducir á muchos á la miseria. Un incendio, un terremoto, una peste.... merecen toda nuestra compasion. Para las personas, á quienes cualquiera de estos infortunios ha arruinado, son muy recomendables ciertas casas de piedad, en donde hallen un puerto seguro; pero tambien es cierto, que no hay persona que no pueda, por alta que sea, emplearse en alguna obra, ú ocupacion, que el gobierno debe proporcionarle. La arquitectura, el diseño, la pintura, el bordado, la óptica, la catóptrica, son artes dignas de un soberano: los de los tiempos heroicos se ocupaban en fabricar armas. Podia tambien añadirse la escritura, la medicina, la cirugía, la gravadura, un cierto género de agricultura. Varios reynos de la Europa tienen colegios, en donde los hijos de los ciudadanos fallidos entran gratis á ser instruidos en leer, escribir, contar, comercio &c. &c. &c. Solo la holgazaneria es la profesion mas vergonzosa: la que destruye

(1) Ya he dicho, que en esta ciudad la hay muy buena; pero se desca en ella todo el aliento de su objeto.

las buenas costumbres; la que obstruye los manantiales de la abundancia, y riquezas, y la que con el mayor empeño debe precaverse, y auventarse de todo pais católico y político; promoviendo con la mayor vigilancia y tino el trabajo, la fatiga, la ocupacion, y el destino segun la clase, edad, y fuerzas de las personas; y de este modo se conseguirá la verdadera, sólida, y permanente arte de hacer dinero, la abundancia, y las riquezas.

NOTA.

En el número anterior deben hacerse las correcciones siguientes: En la pag. 3. lin. 6. dice Tasito, lease Tacito. En la misma pag. lin. última de la nota 3. dice, y el hombre, léase, y que el hombre. En la pag. 6. lin. 2. dice las mismas, lease, las minas. En la pag. 7. lin. 27. dice, y yo me persuado, lease, y yo no me persuado.



MEJICO, 1826.

En la imprenta de D. Alejandro Valdes.